

1850 principios fijos no sabía qué hacerse. Por estos mismos días se publicó un aviso, anunciando que el próximo Domingo se reuniría la sociedad democrática en la plaza de la Catedral, para ir de allí á pedir de nuevo la expulsión de los Jesuitas, amenazándole con la revolución, si no la efectuaba. Disgustóse el Presidente y privadamente les mandó á decir que la tropa estaría sobre las armas para dispersarlos por la fuerza, al menor desorden. La reunión no se efectuó: el partido conservador cobró grande ánimo con tal medida, y el P. Gil le mandó dar las gracias por aquel rasgo de firmeza en favor de los PP.; mas la respuesta borró todas las ilusiones y desvaneció todas las esperanzas concebidas: contestó López que á pesar de lo acontecido no podía asegurar la permanencia de la Compañía en la República; que el Gobierno estaba tratando ese asunto, y que, en caso de salir, saldrían con todo el decoro que les correspondía.

7.—Conferencias del P. Gil con López.

7)—En efecto, habíase presentado al Gobierno una exposición firmada por 50 miembros del cuerpo legislativo entre Senadores y diputados, á cuya cabeza iban tres sacerdotes, Asuero, Alaix y el tercero, á lo que creemos Saavedra, pidiendo á todo trance la expulsión; parece que este fué el último golpe para obligar á López á tomar la última resolución; éste, sin embargo, todavía quiso probar un arbitrio que, aunque muy de antemano ideado, nunca se había atrevido á ponerlo en juego: tal era el hacer que los Jesuitas por sí y sin ser obligados, en la apariencia por nadie, abandonasen la República, en cuyo caso tanto el Poder Ejecutivo como el Congreso se lavarían las manos ante la nación, cargando solamente con la responsabilidad las mismas víctimas del furor liberal. Sabían los PP. este estratagema y como habían visto que ni en Octubre, ni en Enero habían tenido valor para insinuarlo, aguardaban de un momento á otro que se pusiese en práctica. Así sucedió; el 4 de Mayo recibió el P. Visitador

un billete del Presidente llamándole á palacio. Acudió allá acompañado de su Socio, el P. Francisco Saurí, de cuyos apuntes originales sacamos estos detalles, y López se presentó con su Secretario Murillo, porque él sólo no tenía valor para hacer la insinuación proyectada. Revelábase no menos en su semblante que en sus palabras cierta agitación y completa turbación, pero, en fin, dijo que, puesto que la paz pública se hallaba amenazada y los Jesuitas eran la enseña del partido opositor, era justo y prudente que se marcharan espontáneamente para quitar toda ocasión de disensiones civiles. Rebatió el P. Gil, como lo había ya hecho otras veces de palabra y por escrito tan gratuita inculpación, y en cuanto á tomar el partido de abandonar espontáneamente la República, respondió que en eso no haría más que sujetarse á las órdenes del Gobierno á quien debía obedecer, que fué tanto como negarse á salir, si no se veían obligados por formal decreto. Y en efecto, en tales circunstancias y constando que no era más que un puñado de hombres sin fe y sin honor los que con tanta urgencia pedían la expulsión, pues aun muchos de los rojos, como el ex-Ministro Florentino González, por ejemplo, la reprobaban por conveniencias políticas; sabiéndose que no eran tanto los Jesuitas como tales á los que se odiaba y perseguía, sino que se trataba de poder dar un golpe á mansalva á la Iglesia, á la moral y á la educación de la juventud; no cabía en la conciencia dejar el campo descubierto al enemigo, ni era digno de almas nobles y agradecidas dejar frustrados los trabajos de todos los personajes más conspicuos de la República en favor de la permanencia de la Compañía, emprendiendo una fuga voluntaria ó por cobardía, ó por satisfacer los impíos intentos é inicuas exigencias de unos cuantos discípulos de Voltaire y de Pombal. Nada pudo, pues, sacar el Presidente de la prudencia y firmeza del P. Gil, y le despidió con estas palabras: «Piensen

1850 ustedes de aquí á mañana sobre este grave negocio, y encomiéndeme á Dios para que me dé acierto».

Volvió al plazo citado el P. Visitador, y aunque parece que el Presidente quiso evadir aquel segundo lance, negando su presencia en palacio, al fin se presentó acompañado de Murillo, y afectando desembarazo, dijo:—Con que, qué arbitrios ha discurrido V., Padre?—Yo he pensado, respondió, que puesto que se dice que el partido conservador pretende apoyarse en nosotros, y el liberal nos combate, el Gobierno debería tomarnos bajo su protección, y de esta manera ni los unos nos combatirían, ni los otros dirían que les apoyamos, y el equilibrio quedará restablecido.—No esperaba el Presidente una salida tan ingeniosa al par que justa y prudente: enmudeció por algunos momentos y luego cambió bruscamente de conversación, como un hombre desconcertado que no sabe cómo salir de un lance peligroso, y por fin concluyó diciendo: «Vayan VV. seguros de que no serán heridos alevosamente».—Retiráronse los PP. pensando en el sentido que podía tener aquella expresión medio enigmática de López; los hechos lo demostraron despues, porque, como veremos, todo se hizo con la mayor publicidad y aparentando que aquel paso se daba en cumplimiento de las leyes de la República y, en fin, todo muy justificado y conforme á derecho. Así debió interpretarlo el P. Gil, porque aquel mismo día dijo á los PP. que si bien el Presidente no había hablado claro, podían ya prepararse para recibir el golpe.

8.—Últimos días en Bogotá.

8)—Esta última entrevista tenida el 5 de Mayo no surtió el efecto que el Gobierno y su camarilla deseaban, á saber, que los Jesuitas cedieran y espontáneamente dejaran la Nueva Granada; mas la resolución estaba ya tomada; sólo restaba hacer los preparativos para llevarla á cabo. Amargos fueron estos días para toda aquella capital. Los Jesuitas celebraban con inusitada pompa el Mes de María; predicaban y confesaban

1850 y regentaban el Colegio con su acostumbrado celo, pero esto mismo los ponía en ocasión de informarse de todos los diversos y encontrados rumores que circulaban por la ciudad, pues en esos días era el tema obligado de las conversaciones, lo mismo en las calles y plazas que en el seno tranquilo del hogar doméstico: todos los amigos se creían obligados á informar á los PP. de lo que sabían, y los alumnos externos contaban lo que habían oído en sus casas, mas, como es propio del corazón humano pintarse las cosas más conformes al sentimiento dominante que á la realidad, y los hechos suelen revestirse del carácter de quien los refiere, resultaba una variedad y confusión de noticias que servían de tormento á los PP. sin poder reportar de ellas utilidad alguna. Y á fe que la excitación y efervescencia que se dejaba sentir en la ciudad no era para menos. Por una parte la democrática de la cual se habían constituido tribunales los dos Presbíteros de que arriba hablamos, Asuero y Alaix, declamaban furiosamente contra la Compañía y pedían su expulsión con tan vivas instancias, que al fin hubo de prometerles el Presidente que firmaría el ansiado decreto; y es claro que la prensa liberal no guardaba silencio, ni se mostraba ajena del asunto. Por otro lado las continuas comisiones que se presentaban al Gobierno á nombre de todas las clases sociales y gremios de la ciudad pidiéndole que retrocediese ante aquella medida tan opuesta á la voluntad nacional traían al Presidente agitado, respondiendo siempre con el lenguaje de la cobardía: «los liberales del Congreso me piden la expulsión; y si no la decreto me niegan la ley de gastos sin la cual no puedo gobernar, á no ser que me erija dictador: mi situación es penosa: pidan VV. á Dios que me ilustre y me indique su voluntad». Esta misma fórmula oyeron las comisiones del Capítulo Metropolitano, de las órdenes religiosas, de los artesanos, de los enfermos del Hospital, de las escuelas, porque no